

frente se hallaba el puerto de Santo Domingo.

Bartolomé Colón no abandonó su puesto hasta que los perdió de vista.

No regresó, sin embargo, adonde estaba su hermano, porque se detuvo en varios lugares indios con el objeto de entablar amistosas relaciones con sus habitantes, á fin de llevar víveres á sus compañeros.

## Capítulo LV.

### Presentimientos

Las desgracias de la vida dejan de serlo cuando el hombre comprende que son grandes y heróicas pruebas á que quiere someterle la voluntad de Dios.

De otro modo no podrian explicarse esos dolores acerbos y esas terribles calamidades que afligen á las grandes almas.

Y el alma de Colón, que tanto se levantó para concebir, que tanto se sublimó para perseverar, no podia dejar de ser fuerte para arrastrar con ánimo sereno las grandes contrariedades que habian de ofrecerse á su gloriosa empresa.

Además, esa confianza que inspira siempre la conciencia tranquila, alentaba vigorosamente el espíritu generoso del renombrado genovés.

La confianza en Dios y en su bondad infinita son el bálsamo supremo para cicatrizar las heridas del corazón.

Y si Colon sintió abrasarse su mente con la idea de un mundo nuevo, esa idea no fué una concepcion humana, fué una idea que Dios le inspiró para que un hombre de su temple y de su fé llevase á aquellas ignoradas regiones los bienes de la religion de Cristo y los beneficios de la civilizacion.

A hombres tan privilegiados no puede abatirles la adversidad ni avasallarlos el infortunio.

Pero no eran los dolores del alma los que le afligian solamente, porque tambien su cuerpo estaba enfermo.

La situacion de Colon cuando al frente de sus carabelas se encontraba en un mar desierto, entre hordas salvajes, con gente desconocida y entre amigos desleales, no puede describirse; pero la imaginacion suplirá lo que á la pluma falta.

Hay, sin embargo, un dolor que se resiste á la conformidad.

Ese dolor es el que se experimenta por la ingratitud.

Y á Colon, que sólo era capaz de la abnegacion y del desprendimiento, debia impresionarle hondamente la perfidia de las personas á quienes más distinguió con sus favores.

No hacia mucho tiempo que Mendez y Fiesco habian partido, cuando la salud de los españoles empezó á resentirse.

Y era natural.

El clima, los alimentos y las costumbres, influyen en el cuerpo y en el espíritu.

Y el clima, los alimentos y las costumbres de los españoles habian cambiado radicalmente.

La atmósfera abrasadora y húmeda de aquellas regiones ejercia su funesta influencia sobre hombres que hasta entonces habian vivido en un país templado.

Y esa influencia era más terrible, porque la vivienda de los tripulantes eran dos buques despedazados.

El alimento de los indios se componia de vegetales en su mayor parte, y ese alimento no podia convenir á quienes de tan distinto modo vivian en la Península.

Las costumbres de los españoles, alegres y bulliciosas hasta que dejaron la madre patria, se convirtieron en tristes y silenciosas, porque sólo la contemplacion y tétricos presentimientos sojuzgaban su espíritu.

Y en tales circunstancias, cuando la canoa expedicionaria no daba señales de volver, natural era que se empezase á temer por la suerte de los que la tripulaban.

La situacion de los expedicionarios preocupaba á todos los que los aguardaban con febril impaciencia.

Pero les preocupaba de muy diverso modo.

En algunos produjo un abatimiento profundo.

En otros la desesperacion.

Sólo Colon, su hermano y su hijo eran los que arrostaban el peligro con valor y esperanza.

—Es preciso hacer sufrir á ese hombre, —dijo un soldado, —dándole una muerte cruel.

—Sí, —le contestó otro, —porque él nos hace perecer en estas regiones tan separadas de nuestra patria idolatrada.

—No os entreguéis á la desesperacion, —añadió un marinero, cuya apacible fisonomía denotada su honradez y sus nobles sentimientos. —No os impacientéis. Acordaos de aquellos momentos en que todos dudamos de su ciencia y en que le tuvimos por loco.

—Mejor hubiera sido, —añadió el primero, —que por loco le hubiéramos matado y...

—Quizá hoy nos encontrásemos en España, —dijo su compañero, —porque...

—Ya no era posible la vuelta; recordad el estado en que se encontraban los buques y la tripulacion: hubiéramos sucumbido horriblemente.

Estas palabras del honrado marinero influyeron algo en aquellos soldados, que empezaban á dar la voz de alarma con su descontento y su inquietud.

Pero esa conversacion rápida era un leve murmullo que interrumpia el sepulcral silencio de la nave.

Otra escena más tranquila, pero no menos triste, tenia lugar en la cámara.

Colon, reclinado sobre la mesa, fijaba su melancólica mirada en su querido hijo.

—¿Qué teneis, padre? —le dijo éste. —¿Qué teneis para encontraros tan abrumado y tan pensativo?

—No debe sorprenderte mi situacion, —le contestó.

—Eres muyjóven, pero te has educado en la escuela de la desgracia y te has adelantado á la experiencia. Ya me conoces, ya conoces mi carácter y mis propósitos. Ya sabes con cuánta confianza propuse mis proyectos á varios soberanos de Europa. Ya sabes con cuánta resignacion soporté sus desdenes y con cuánta alegría recibí la fausta noticia de la proteccion de la reina Isabel. Tú has sido testigo de mis sufrimientos durante la navegacion. Pero te ofendo, hijo mio. Tú has sufrido como yo, y más que yo al ver mis angustias.

—Olvidad, padre mio, esos dias de tribulacion.

—¡Ah! Esas tribulaciones las he arrostrado siempre porque son inherentes á las grandes empresas, pero siento desfallecer mi conformidad.

—¿Por qué?

—Porque en presencia de la situacion en que nos encontramos, creo que vá á malograrse mi santa empresa.

—¿En qué fundais vuestros temores?

—La canoa de Mendez y Fiesco no regresan. Nuestra gente está desesperada. Las enfermedades crecen, y no veo, ni aun vislumbro, el remedio para tantos males.

La muerte es despreciable para quien tiene fé; pero la muerte, cuando de la vida depende la salvacion de tantos de nuestros hermanos como viven en las tinieblas; la muerte, cuando en la vida estriba el éxito de una empresa santa; la muerte, cuando de la vida puede resultar un gran bien, la muerte entonces espanta y aterra.

— Sí, padre, decís bien: la vida es muy miserable, y sólo es grande cuando se emplea en el bien. Pero... yo... siento en mi pecho la esperanza, yo no me abato, yo sonrío ante el porvenir de las satisfacciones que habeis de disfrutar cuando ofrezcais á la corona de Castilla un nuevo mundo, cuando la lleveis grandes tesoros y cuando con ellos tengan fin los sublimes propósitos que concibió vuestra mente. ¡Ah! Yo sé que todo eso se ha de realizar; y cuando eso se realice, y cuando vuestros miserables enemigos se vean humillados, entonces sentiré un placer que compensará todos mis quebrantos.

— Habla, habla, hijo mio; tus palabras me fortalecen, y nunca más que ahora necesito fortaleza. Pero no te acuerdes de mis enemigos más que para perdonarlos. ¡Pobres hombres! No me conocen, y me envidian por que creen que sólo pretendo la gloria del mundo, y consideran que mi gloria eclipsa la suya; pero si se persuaden que sólo aspiro á servir á Dios sirviendo á la humanidad, entonces depondrán su encono y me amarán, hijo mio, me amarán.

— ¡Ah! Vuestros consejos son siempre los mismos. Yo los seguiré siempre, y perdonaré á vuestros enemigos, no sólo por que me lo decís, sino por que así lo quiere Dios.

— Tus sentimientos dan la vida á mi espíritu; pero ya que para todo tienes valor, no puedo ocultarte que mi salud se ha resentido gravemente, y que mis años laboriosos son presagio de una muerte próxima.

— No desconozco vuestra situación, padre de mi

alma; pero tampoco ignoro la santidad de vuestras ideas, ni la confianza que habeis puesto en Dios.

— Eso es lo que me ha animado siempre, y lo que me ha prestado aliento en las mayores desgracias.

— Pues esa confianza es la que debe tranquilizaros en los criticos momentos que atravesamos. No es vuestra empresa humana, ni motivos humanos os han dado fuerza para luchar contra los graves obstáculos que se le opusieron. El Dios de la bondad os ha querido hacer servir de instrumento para sus miras inescrutables. ¿Lo dudais, padre mio?

— Nunca.

— Pues si no lo dudais, desterrad de vuestro corazon esos fatidicos presentimientos que os mortifican. Abrid vuestro pecho á la esperanza que os es más grata. Considerad que vuestra expedicion no puede ser infructuosa, porque no es la casualidad la que nos ha conducido á tan remotos paises. Es la Providencia la que nos ha guiado. ¡La Providencia! ¡La Providencia! ¡Bendita sea!

Conmovido Colon por las palabras de su hijo, permanecia silencioso; pero se creia capaz de coronar con éxito brillante su arriesgada expedicion. Y ante esa esperanza se disipaban sus dolores y se sentia fuerte.

Y nunca le era más necesaria la fortaleza, porque debia prepararse para luchar con la perfidia, con la deslealtad, con la ingratitud.